

# SAN ANTONIO M.<sup>A</sup> CLARET DOCTOR POPULAR

Tres son las condiciones que la Iglesia exige para la concesión del título de Doctor: una doctrina excelente, una vida santa y la declaración del Sumo Pontífice o del Concilio General. Para conseguir esto último, sólo falta que se pruebe lo primero, pues la santidad de Antonio M.<sup>a</sup> Claret ha sido ya proclamada y ensalzada por Roma.

I — *«Acre enim et subitum ingenium a natura sortitus erat»* (Pío XI).

Muy acertadas y oportunas parecerán unas palabras de R. W. Emerson: «los grandes hombres se distinguen más por su altura y grandeza que por su originalidad...; ni la originalidad grandiosa consiste en la desemejanza con los demás hombres». Genio es el que sabe pulsar su época, sentir sus problemas, atender a sus inquietudes y llevar a cabo la obra necesaria y oportuna. Recuérdese San Isidoro: su falta de originalidad en nada disminuye su genialidad, que supo comprender que su época exigía, más que novedades, constancia incansable en salvar toda la ciencia antigua, en peligro de perderse. Y ese acierto de los grandes hombres sería ridículo pretender explicarlo por una feliz casualidad: es su constante observación de la realidad, unida a su profunda penetración de las causas íntimas de los hechos, lo que les lleva al camino único y necesario. Así aparece la primera prueba de la genial labor de San Antonio M.<sup>a</sup> Claret. Si la centuria 1730-1830 señala el encumbramiento al poder del tercer estado, de la burguesía ilustrada, rica y ambiciosa, a partir de las revoluciones de 1848 entra en la historia con fuerza incontenible *el pueblo*, la masa. Si además recordamos como se intentó envenenar con bastardos fines la mentalidad popular, resultará evidente, sin aducir otras pruebas, cuan propia y necesaria fué para la época la labor apostólica de San Antonio M.<sup>a</sup> Claret, orientada casi exclusivamente a la formación religiosa del *pueblo*. Si a esta finalidad encaminó todas sus actividades, no podemos dejar de pensar y creer que lo hizo movido por su clara visión de las circunstancias y ésto es propio sólo de los genios. Porque el genio no se limita a observar y dar su opinión; el genio se aplica a su obra de una manera también genial. ¿Y quien negará que el Padre Claret demostró en las múltiples facetas de su apostolado un genio extraordinario? Es fácil documentar esta afirmación:

a) ¿Por qué el estilo del P. Claret no es retórico, ni altisonante, ni erudito, ni rebuscado, sino llano, sencillo, claro, preciso y exacto? Porque no se dirige de ordinario más que a gente sencilla y humilde. Y no se piense que por falta de posibilidades para otro estilo más elevado: ni aprobaba la rebuscada elocuencia, ni le faltó una sola vez la extraordinaria discreción que supone no haber caído en vulgaridades, tan peligrosas en todo estilo popularizante. Mérito este último capaz de demostrar por sí solo que su popularismo nunca fué impotencia o descuido, sino clara conciencia de la circunstancia: gran genialidad, por lo rara.

b) No es sólo su estilo. Ahonda todavía más en los secretos resortes del lenguaje. No le basta un estilo adecuado: exige y busca la forma más eficaz. No se contenta con un éxito pasajero y momentáneo frente a la multitud: convencerla con un afinado argumento, hecho imagen visible con una ingeniosa o pintoresca comparación. Quiere grabar para siempre en el alma de sus oyentes o lectores una idea grande y eficaz, sobre todo eficaz. Y el recurso es la frase corta, breve, sentenciosa, incluso poética o simplemente rimada, para más fácil recordación: «Máximas cristinas puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria» es el título de la primera de sus hojas volantes editada por la Librería Religiosa.

c) Y lo que las máximas y sentencias representan frente a los sermones y conferencias, lo representan exactamente, frente a los libros, las hojas volantes esparcidas a millares, por las cuales viene a ser San Antonio M.<sup>a</sup> Claret el más *original* y eficaz propagandista católico de su tiempo. Original por el sistema y eficaz por el modo de realizarlo, pues basta observar alguna de estas hojas volantes para comprobarlo: un dibujo (generalmente del propio santo) que visualiza el texto; unas pocas ideas claras y concretas; unos propósitos finales y una oración que ya era popular o que pretendía que se popularizara.

d) Otro recurso de su estilo oratorio evidentemente popular es el de las comparaciones, que dan a su prosa dos características destacadas: una claridad penetrante y una amenidad amable y cautivadora. Dos cualidades que pueden atribuirse a influencia evangélica: las parábolas de Jesucristo fueron indudablemente un ejemplo magnífico y fácil de seguir para quien posea no solamente una «eximia doctrina», sino una clara capacidad imaginativa que le permitía hacerla asequible aún a los entendimientos más rudos y sencillos.

e) Si al lado de tales aciertos colocamos su ingente labor al frente de la Librería Religiosa, casi quedará completo el cuadro de su labor apostólica.

f) Pero es imposible dejar de citar las empresas del Escorial: el Seminario, con un plan de estudio reforzado con el aprendizaje de las lenguas modernas y de otras materias hasta entonces descuidadas; el Colegio de segunda enseñanza; las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y sus proyectos de convertir el Seminario en Seminario Central y de crear un centro de Estudios Universitarios capaz de competir con los mejores del mundo, demuestran y evidencian una vez más su casi incomprensible e inexplicable erudición, sus extraordinarias dotes pedagógicas («El Colegio instruído») y la grandeza de sus ideales.

g) Finalmente no puede pasarse por alto su erudición. Basta leer los títulos de todas sus obras, opúsculos y hojas volantes, para darse cuenta de que su erudición fué extensísima, variadísima y selectísima. Todo lo cual hace suponer una extraordinaria capacidad de trabajo y un raro y seguro criterio para escoger entre tantas lecturas lo útil y lo acertado.

Examinada en conjunto la labor apostólica del Santo, se advierte clarísimamente en ella un *programa* completo y ordenado, fruto necesariamente de una reflexión atenta y de una capacidad genial. He aquí un esquema de los puntos que comprendería este programa:

1. Orientación: hacia la más urgente necesidad, el *pueblo*.
2. Plan: adaptado al objetivo para su mayor eficacia.

3. Realización: a) el pueblo es sencillo, así el Estilo.  
b) el pueblo es numeroso: *Misiones, hojas volantes, Academia de San Miguel, librería religiosa, etc.*
4. Continuidad de esta labor: *la Congregación.*

## II — «*Genialmente popular*» (Pío XI).

Llegamos a la parte más hacendera del presente trabajo: documentar y justificar el calificativo que deseáramos acompañara su título de Doctor: *Popular*.

a) Si entendemos por «popular» lo que se orienta hacia el pueblo, acabamos de ver como éste constituyó uno de los grandes aciertos y como la forma apostólica del Santo es esencialmente popular. Por otra parte su popularismo encontró en el carácter práctico del P. Claret una predisposición sublimada por la gracia divina. El hombre práctico, más que decir, hace; más que la fuerza de la palabra, busca la eficacia de la acción: y así viene a resultar que sobre el hombre práctico las apariencias y muchas veces la envidia o la malevolencia acumulan vanas acusaciones de falta de capacidad intelectual, cuando por el contrario se trata casi siempre de una extraordinaria inteligencia que no se queda en sí misma, sino que trasciende a los demás. Este creemos que es el caso de San Antonio M.<sup>a</sup> Claret. Hombre por naturaleza práctico y activo, que puso toda su energía corporal y espiritual al servicio de una sola causa. Y la Providencia había dispuesto que junto a su talento práctico, poseyera las cualidades intelectuales y morales que más podrían ayudarle a conseguir su objeto:

1. Sencillez: toda complejidad, todo alambicamiento, en su palabra o en su obra habría chocado necesariamente con la capacidad del pueblo.

2. Humildad: el orgullo, la pedantería con todas sus secuelas, habrían sido barrera infranqueable para la simpatía popular.

3. Memoria feliz: necesaria al hombre que ha de resolver sobre la marcha de los acontecimientos o en público todas las dificultades que se le presenten, so pena de perder rápidamente el aprecio general.

4. Fantasía o imaginación: muy grata al hombre de la calle, escaso de ideas, pero generalmente de sentidos abiertos y vivos.

Si el concepto «popular» lo tomamos en el sentido de «grato y acepto al pueblo», ni siquiera será necesario que recordemos el entusiasmo de las multitudes a su paso, el fervor que inspiraba a todos su palabra y el carácter eminentemente popular de su beatificación.

## III — «*Summi Pontificis declarati.*»

La tercera condición exigida por la Iglesia para la concesión del título de Docto es la expresa declaración del Sumo Pontífice o del Concilio General legítimamente reunido. Oficialmente San Antonio M.<sup>a</sup> Claret no reúne todavía esta tercera condición. Pero es posible esperar que así sea algún día, porque los primeros pasos ya están dados.

Todos los escritos del Santo hallaron una total y absoluta aprobación en Roma: ni un sólo error, ni una sola desviación, para demostrar cuán eximia, cuán excelente, cuán firme, cuán segura fué en toda ocasión la doctrina que predicó. A esto se añade que en un discurso de Pío XI son nada menos que ocho las veces en que se reconoce el carácter eminentemente *popular* del apostolado claretiano. El mismo Papa Pío XI fué quien unió en una feliz coyuntura las dos palabras que podrían ser, oficialmente reconocidas, cifra y símbolo de San Antonio M.<sup>a</sup> Claret. Fué con motivo de unas palabras a la Peregrinación Claret:

«Un mérito característico de Antonio M.<sup>a</sup> Claret fué el de haber asociado con afortunadísimo acierto el apostolado, el ministerio de la predicación, de la caridad, de las obras, del ejercicio personal, con un instrumento de mayor alcance, más moderno más vivaz, más industrioso, más *popularmente genial*, el libro, el pequeño libro, la pequeña hoja devoradora del espacio».

*Popularmente genial.*

JAIME GUARDIA.

